

o sin ella, pobre o rico su enfermo, se daba por entero a su paciente. Ese cuadro me recuerda a don Andrés Sáenz y a los médicos del pasado y del presente que le han dado sentido hipocrático a su profesión.

Muchos enfermos de meningitis todavía se mueren en la época de los antibióticos, en que conocemos sus causas infecciosas, sus complicaciones y secuelas. No todo se ha resuelto aún, pero se ha hecho tanto. La medicina en los últimos cien años ha avanzado más de lo que evolucionó en tres milenios. ¡Qué grandes eran aquellos médicos que sin conocer la causa de muchas de las enfermedades trataban al paciente con lo poco que sabían y a veces lo curaban! ¡Trataban con arte médico, que es esa parte del amor al prójimo que todo médico debe ejercer, a veces su única satisfacción. Hemos ganado ciencia pero quizás perdido algo de ese arte que le da al médico su dimensión humana?

LA LUNA DEL CUARENTA Y OCHO

Vesalio Guzmán

¡Hoy es la llena: me dijo mi señora cuando nos acercábamos al mar. Aquello me recordó algo que viene a mi memoria como acontecimiento extraordinario, de una época de lucha y de esperanza. La llena, la única "llena" que recuerdo con toda su luz, cual Juno en todo su esplendor. Es el recuerdo de aquella luna llena del Cuarenta y Ocho. Quizás la vi entonces tan grande y con tanta luz, pues estábamos en las tinieblas de la opresión. Pero no, es que aquella luna fue especial. La habíamos escogido llena, pero nos resultó mejor, como si ella se hubiera querido lucir para la ocasión, pero no ocurrió esa noche. Antes decían que la luna de marzo era la mejor de todas; para los enamorados; para los paseos y las melcochas danzantes y para dar el apazote a los chiquillos.

Desde muy temprano esa noche cada uno, por sí solo o en grupitos, comenzó a salir de la Ciudad de Cartago. Todos tenían sus puestos asignados, trabajo difícil de instruir en aquellos días de terror. Unos en Coris; otros en el Tablón y Quebradilla, listos para ayudar en su momento preciso, a quienes llegarían hacia el amanecer. Hacía días que habíamos enviado los mapas de las rutas y los tiempos posibles de marcha por la que el Jefe había designado la "vía cablegráfica". Esta no se tocaba para no dar sospechas. La habíamos designado así como la ruta de la invasión hacía poco tiempo, en la Escuela de Santa María de Dota, cuando se decidió que había que tomar Cartago. En compañía de Alberto Morúa (a quien tanto debe y más aún ha olvidado la Seguridad Social, pues fue por medio de la ley que lleva su nombre que se repartieron las rentas de la lotería, entre todos los hospitales e instituciones de beneficencia, dicho sea de paso) salimos en dos caballitos que nos prestaba Dublois y que montábamos por la tapia sur del cementerio. Por callecitas poco pobladas nos escabullíamos saliendo a La Lima y luego a Coris. En Quebradilla dimos las últimas instrucciones en casa de los Camacho. Ya había salido la luna cuando pasamos por el Tablón y en sus piedras y tajos de

mollejon se reflejaba su luz, alumbrando más el camino. Los perros nos delataban; nunca vimos ni oímos tantos perros juntos. Posiblemente les estábamos estorbando el programa de ladrarle a la luna. Subimos la cuesta para llegar al Alto de la Ventolera, a las puertas de Patio de Agua, el sitio designado para el encuentro. Eran las once y media. Detrás de unos matorrales nos metimos con los caballos. Desde aquella altura la luna, ya sobre nosotros, alumbraba intensamente la comarca hasta una gran distancia. Era casi como de día. Veíamos los potreros y fincitas con sus casas de Patio de Agua y Corralillo, los caminos, veredas y el ganado. A ratos oíamos como si marchara una tropa, pero no la veíamos venir. ¿Será, pensábamos, que para no dar el cuerpo vienen entre potreros, o que se han retrasado por algo, ¡Qué espera tan larga! ¡Si alguien ha cantado, qué desastre sería! Eran las doce cuando oímos claramente que alguien venía subiendo la cuesta. Si, era un hombre nada más, su marcha decidida, como quien viene de prisa a alguna misión. Cuando se acercó a prudente distancia le dimos el alto y luego que se detuvo, le pedimos el santo y seña, que nos dió claramente, saliéndole entonces al paso. Era un moceton de mediana estatura, campesino de por aquellos lados que conocía su tierra, de cabello rubio y crespo; ¿Preguntó por mí, a lo que respondí, preguntándole a la vez, ¿Por dónde vienen? ¡No vienen, don Pepe me ha mandado a decirle que no fue posible organizar la cosa, pues no nos atacaron por San Isidro y tuvo que mandar la gente a pelear allá. Dijo adiós y se despidió, bajando la cuesta al trote, como quien tiene mucho que hacer. Le seguimos con la vista largo rato, bajo la intensa luz de la luna llena, hasta que se perdió en una vuelta del camino. No olvido aquella luna llena de marzo de mil novecientos cuarenta y ocho, hoy hace treinta y cinco años. La luna de esta noche no tiene el brillo de aquella; no se ven los campos como si fuera de día, quizás, pienso yo, porque ha enviado parte de su luz a brillar en otras partes en que desean salir de las tinieblas, como nosotros en aquellos aciagos días y noches en que peleábamos por una nueva patria en que se respeten los designios del pueblo y que por fin llegó.

EL CANADA DIVIDIDO Y EN CRISIS

Vesalio Guzmán

Hace apenas un año cuando visité el Canadá para celebrar un año más de nuestra graduación profesional (¡Encontré a todos mis compañeros muy viejos...!), se preparaba el referendun o plebiscito con que el gobierno provincial de Québec quería definir su status político futuro de "autonomía en asociación". Qué cambio vi para entonces en una sociedad que había conocido de joven: retraída, dominada por la iglesia y por un muy justo deseo de conservar su identidad racial, lingüística, histórica y económica. A partir de los años 60 había comenzado un movimiento de liberación interna de las ataduras del pasado para avanzar al porvenir. El ciudadano de Québec deseaba conservar su identidad racial, su fe y su idioma

pero teniendo acceso a armas iguales para defenderse del cerco inglés y norteamericano que le rodea. En una palabra, no se puede pelear acuartelado, pues tarde o temprano habrá que salir a la lucha cuerpo a cuerpo. La Iglesia aconsejada por el mismo Concilio Vaticano II, comprendió y cedió a tiempo. La Universidad Laval pasó a manos laicas y también se fundó la Universidad de Quebec. Una sociedad secularmente moderada en sus costumbres cedió a las costumbres y políticas modernas, buenas o malas, en igualdad con sus vecinos. "La Revolución Tranquila", como muy acertadamente se ha dado en llamar a este fenómeno social, ha producido una nueva clase, cada vez más grande, al emerger dentro del enorme sector público en construcción. El referéndum lo perdió Lévesque y Quebec se mantiene como provincia dentro de la Confederación Canadiense. Para algunos, la presión ejercida por el Gobierno Federal de Trudeau fue el factor decisivo; para otros fue la propia determinación de la población de Quebec de permanecer unida al resto del Canadá sin arriesgar un cambio. La Revolución Tranquila sin embargo, continúa. ¡El "Vive le Quebec libre" que pronunció De Gaulle en Montreal se perdió en la inmensidad de los bosques canadienses y no volverá a oírse!

Hace pocos meses volví a Quebec a encontrarme otro fenómeno. Ya no se trata de una inquietud o de un movimiento circunscritos a una provincia francófona sino a todo el país. Quienes conocen poco de la sutil organización política de la Mancomunidad Británica de Naciones no pueden comprender los abismos que encierra y que a través de los años no han significado problema, pues sobre ellos se ha colocado una discreta tabla que sirviendo de puente ha permitido el paso sin mirar al fondo. Cuál es la intranquilidad a que me refiero y que se ha producido súbitamente en las últimas semanas? El Gobierno de Pierre Trudeau ha creído conveniente revisar la Constitución Canadiense. Podría esto ser oportuno después de que el movimiento de Quebec fracasó, en un intento de dar una más justa participación a los francófonos en sus derechos nacionales. Pero también un proyecto constitucional sometido al plebiscito nacional por el Gobierno podría poner en peligro de independencia o autonomía de las provincias. Leíamos en "La Soleil" de Quebec del 15 de octubre la noticia desde Toronto, en donde se celebraba la reunión de los diez primeros ministros provinciales, que el "proyecto de resolución del Primer Ministro Pierre Trudeau mediante la "repatriación" de la constitución canadiense, divide profundamente al Canadá y todos ellos, menos dos están en contra de esa revisión. Nos suena raro eso de que haya que "repatriar" una constitución, pero así es: la "British North America Act" es desde 1867 la Constitución Canadiense que está depositada en Westminster en Londres y en ella la autonomía provincial está en cierta forma establecida en una serie de derechos que mantienen un equilibrio con el poder central. Revisarla sería por lo tanto un riesgo para ambas partes pero las provincias temen que se les vaya de las manos su hegemonía interna. Hasta Quebec, cuyo propio primer ministro dirige el movimiento separatista, prefiere el *Stuto-quo*. Pero hay más. Alberta, provincia del oeste

con pozos petrolíferos y arenas bituminosas, enriquecida en los últimos años, rechazó recientemente una propuesta de compra de petróleo de la provincia de Ontario porque no era "al contado". "Cuando la depresión de los treinta el Ontario no nos quiso vender al crédito, ahora tendrán que pagarnos el petróleo al contado", fue la respuesta de Alberta, reservándose el derecho de venderlo a los Estados Unidos en mejores condiciones, mientras el Canadá debe importar petróleo de Venezuela para cubrir sus necesidades internas. Marc Lalonde, Ministro de Energía en el Gabinete de Ottawa se expresa muy bien sobre la situación: "1980 será no solamente el año de la repatriación de la constitución sino el comienzo de la repatriación sistemática y precisa de la industria petrolera". Tengo fe en que el Canadá, que ha superado otras crisis a través de su historia, supere ésta ¡Ya es hora de que repatrie su futuro! .

LA NEVERA DE LOS ROTARIOS

Vesalio Guzmán

El Doctor don Antonio Peña Chavarría me invitó un día allá por 1946 para hablar ante el Club Rotario sobre transfusión sanguínea y los esfuerzos que se hacían para establecer un banco de sangre en el Hospital San Juan de Dios. Llegamos al comedor del Club Unión al almuerzo de los Rotarios. Son todas gentes muy activas: entran y se sientan; el presidente toca una campana y comienza la sesión. Recuerdo que me presentaron e invitaron a hablar. Comencé diciéndoles de ese maravilloso descubrimiento de los grupos sanguíneos; de la primera y segunda guerras mundiales y sus heridos, las hemorragias de las parturientas y las anemias de nuestros campesinos de aquel tiempo. Mientras hablaba veía transcurrir una realidad más cercana: sirvieron la ensalada y luego el plato fuerte; llegó el postre y aquellos buenos señores comían y oían al orador. ¡Son como la rueda dentada que tienen como insignia! Cuando terminé no quedaba más que el café frío. Todos muy amables, me aplaudieron, se pusieron de pie y cada cual se retiró. Días después me enteró el Dr. Peña que los Rotarios habían acordado darnos una suma de dinero y con ella compraríamos una nevera especial para el Banco de Sangre. Valió la pena el ayuno pues unos meses después el Banco de Sangre del Hospital San Juan de Dios se organizó muy bien, con su refrigerador vertical a manera de tornamesa interna. Fue su primer jefe el Dr. Piedra, médico cubano radicado en Costa Rica.

Recientemente el Dr. Róger Bolaños me pidió unos datos sobre la historia de la transfusión sanguínea en Costa Rica y le conté cómo había nacido nuestro primer banco de sangre. Al día siguiente fui por casualidad a ver si la vieja nevera aún estaba en servicio y me llevé una sorpresa: aún está trabajando la nevera de los Rotarios. Treinta y cuatro años de refrigerar la sangre que ha salvado miles de vidas. ¡Un aplauso a esos señores, que comen rápido! Posiblemente nadie les ha dicho que sus nombres están ligados a una de las obras médicas y so-